

de amor de Suero de Ribera sugiere que las versiones paródicas -el fingir de los falsos galanes y la versión *a lo converso* (mejor que *a lo judío*)- glosan la versión seria. Lo indudable es que la utilización, para otros fines, de cierto tipo de discurso conlleva una buena dosis de humor, simple medida prudencial para quien se atreve a invadir un campo ajeno sin estar cualificado para ello. Un testamento o una recuesta en verso no puede ambicionar cumplir el cometido de una versión en prosa de las mismas, y, para justificarse, debe tomar cierta distancia con la modalidad seria.

Ciertas categorías están condenadas a ser muy minoritarias, por sus mismas características formales, cuando éstas alcanzan un sumo grado de complejidad. Este es el caso del *perqué*, cuyo patrón formal, además de la iteración anafórica de la fórmula interrogativa, se caracteriza por una disposición métrico-estrófica que suele separar el sujeto del verbo, lo que se traduce por el uso sistemático del encabalgamiento. La coincidencia de esas dos *constraints* formales rara vez se da en un mismo poema, lo que explica que la categoría evolucione hacia unas modalidades que mantienen una lejana relación con el núcleo primitivo.

Para otras, rápidamente se agota la vena que han abierto, como es el caso del testamento. Todo el mérito recae en el que tuvo, por primera vez, la idea de adaptarlo como soporte de su creación poética. Las versiones posteriores no pasan de ser una mera imitación y carecen de la gracia primera. Solo se salvan apartándose del modelo y, en gran medida, desfigurándolo (idea del desmembramiento o juicio final pronunciado por la dama).

En oposición con la *canción* y en menor medida con el *decir*, formas ampliamente difundidas y que no exigen una aptitud particular por parte de los que las practican, las que inventaria y analiza Antonio Chas suponen un mínimo de virtuosismo, lo que orienta al investigador hacia los más dotados de los trovadores y le ahorra perderse en los arenales de una producción tanto cuantitativamente abrumadora como cualitativamente mediocre. Este enfoque permite circunscribir una élite y observarla en lo mejor de su actividad, cuando se deja llevar por su inspiración y se suelta, abrigada por la complicidad de unos interlocutores elegidos, intimidad que quedará publicada, aunque solo en parte, por el indiscreto Juan Alfonso de Baena.

Todas estas consideraciones, y muchas más, inspira el volumen de Antonio Chas, ofreciendo, más allá de unas claves de lectura para categorías poéticas minoritarias, un enfoque renovado sobre la poesía cancioneril y la creatividad de sus mejores trovadores.

MICHEL GARCÍA

UNIVERSITÉ DE LA SORBONNE NOUVELLE-PARIS 3

Anthony H. Clarke y Trevor J. Dadson. *La España del siglo XIX vista por dos inglesas: Lady Holland y la novelista George Eliot (1802-1804 y 1867)*. Introducción y notas de Anthony H. Clarke y Trevor J. Dadson. Traducción de María de los Angeles Gimeno Santacruz. Zaragoza. Institución Fernando el Católico (CSIC). 2012. 286 páginas.

El presente volumen es una manifestación más del creciente interés que despierzan el siglo XIX y la literatura de viajes. Reúne dos relatos de gran interés y de carácter muy diverso, el del viaje a España de Lady Holland entre 1802 y 1804, que es un clásico en su género, y el del de George Eliot y George Henry Lewes en 1867, escasamente conocido en nuestro país. Traducidos y acompañados de excelentes estudios, son accesibles ahora al público hispanohablante.

En su "Introducción" al estudio de los *Diarios* de Lady Holland correspondientes a su viaje a España en los años 1802 a 1804, el profesor Dawson nos ofrece una biografía, imprescindible para situar a este personaje dentro del ambiente de su época, y destaca los aspectos más notables del carácter de su autora, de sus intereses y de sus observaciones sobre España y los españoles.

Elizabeth Vassall (1771-1845) fue hija de un rico terrateniente de Jamaica, y tuvo una educación descuidada y libre que ella compensó a lo largo de su vida con una curiosidad y una afición a la lectura no comunes entre las mujeres de su tiempo. Contrajo matrimonio a los 15 años con Sir Godfrey Webster, un hidalgo campesino "de temperamento desigual y desagradable", más de 20 años mayor que ella y de gustos totalmente opuestos a los suyos. Elizabeth se aburría en el campo y convenció a su marido para ir a Italia en 1791, el primero de una serie de viajes al Continente, y en especial a Italia, que llegaría a ser su segunda patria.

En otro viaje a ese país en 1793 conoció en Nápoles a Henry Richard Fox, Lord Holland, un joven inteligente, amable y de gran conversación, amante de los viajes y de las artes, rico, y de ilustre familia. Tenía una ideología liberal muy avanzada para su época, y durante su destacada carrera política defendió en la Cámara de los Lores la abolición de la esclavitud y el derecho de los católicos ingleses a participar en la vida política y social del Reino Unido. Conocía ya diversos países, entre ellos España, donde pasó nueve meses en la primavera de 1793, y donde hizo amigos a quienes volvería a encontrar más adelante.

La compañía constante y la identidad de intereses pronto llegaron a ser una relación amorosa, y tras de quedar embarazada Elizabeth por Lord Holland, ambos regresaron a Inglaterra para conseguir el divorcio de Sir Godfrey; se casaron en julio de 1797, ella tenía 26 años y él 23. Tanto por razones de salud de su hijo Charles como por el interés de Lord Holland de consultar documentos relacionados con su estudio sobre Lope de Vega, que publicó en 1806, hicieron un viaje a España (1802-1804), que duró casi tres años. Allí visitaron buena parte del país y residieron en varias ciudades españolas como Valencia, Sevilla y Madrid, se relacionaron con la alta sociedad española, visitaron monumentos, bibliotecas y museos, y en todas partes fueron recibidos con respecto y con afecto. En mayo de 1805 regresaron a Inglaterra donde Lord Holland tuvo una destacada actuación en la Cámara de los Lores y reunió una de las mejores colecciones de libros españoles de Inglaterra. En Londres continuaron una vida social muy activa y a sus cenas asistieron las personalidades más destacadas de la política, la literatura y las artes del tiempo como Ugo Fóscolo, Richard Brinsley Sheridan, lord Grey y Walter Scott y no pocos liberales españoles. Todavía hicieron otro viaje a España en 1808, ya en tiempos de guerra, salieron el 9 de octubre y volvieron en julio de 1809. Lord Holland falleció en 1840 y su esposa en 1845.

En sus viajes a Europa los Holland viajaban con sus hijos, el médico Dr. Allen, ayas y criados. Como era costumbre entonces, iban provistos de cartas de presentación y debido a su alto rango tuvieron acceso sin restricciones a lo más florido de la nobleza española y tratar a la misma familia real, a cuyas fiestas asistieron. Tuvieron una intensa vida social durante su larga estancia en Madrid y su círculo de amigos o conocidos incluía a Cabarrús, a Jovellanos (con quien lord Holland mantuvo una interesantísima correspondencia), al duque del Infantado, a Urquijo, al erudito Pellicer y a Quintana, muchos de ellos caídos luego en desgracia en tiempos de Godoy. Lady Holland consideraba a Carlos IV, como "todo un *bon homme* y sus grandes talentos consisten en sus aptitudes como un *garde de chasse*", de gustos y entretenimientos

infantiles. Estaba dominado por la reina, que era inteligente, refinada y de un comportamiento sexual muy libre. El favorito Godoy era “un hombre grande, tosco, rubicundo, de mirada soñolienta, intensa y voluptuosa” y el príncipe don Francisco, el hijo favorito de la reina, tenía “un parecido escandaloso al Príncipe de la Paz” (53).

Dotada de una curiosidad y de unos conocimientos fuera de lo común para una mujer de su época, admiraba la obra de Voltaire y los ideales de la Revolución Francesa, asistió en París a los debates en la Asamblea Nacional donde escuchó a Robespierre, y Napoleón recibió afectuosamente a los Holland. Llevados de su interés por las artes visitaron en ocasiones con gran detalle bibliotecas, museos y archivos, entre ellos el de Indias en Sevilla, monumentos, iglesias y colecciones de pintura.

Durante su larga estancia en España residieron en diversas ciudades, principalmente en Madrid y en el sur, y los Diarios recogen las diversas impresiones de su autora. Como era de esperar, lady Holland comparte muchos intereses con otros viajeros anglosajones, protestantes y del sexo femenino que recorrieron España en el XVIII y el XIX como la diversidad de costumbres, el bandolerismo, las modas y el modo de ser de las mujeres españolas. Aunque no ataca el catolicismo critica el poder del clero y la superstición del pueblo; insiste en ver las cárceles y los instrumentos de tortura de la Inquisición y considera El Escorial como “un monumento tan magnífico y poderoso de superstición tenebrosa”

Los Diarios Lady Holland destacan entre los relatos de viajes de su siglo tanto por la información que contienen como por la perspicacia y agudeza de juicios de su autora. Describe de manera colorista y detallada y está libre de la obsesión de encontrar las ventas cervantinas y la España moruna y de pandereta que esperaban tantos patriotas suyos de viaje por España.

Además, como destaca el Profesor Dadson, los Holland estuvieron en Sevilla en mayo de 1803, antes de la invasión francesa y la destrucción de tantas iglesias, con el consiguiente robo de cuadros y objetos religiosos. La descripción que hace Lady Holland de los cuadros de Murillo en Los Venerables de Sevilla “resulta imprescindible [...] sus continuas referencias a un estado de cosas poco antes de la Guerra de la Independencia nos proporciona una guía inmejorable para conocer la realidad de tantos edificios ahora destruidos o cambiados o cuyo contenido artístico había sido robado” (51). Los Holland fueron los ingleses mejor informados sobre la España de su tiempo, este Diario revela más de la vida y la política española de entonces que muchos libros de historia, y es una crónica fiel de los últimos años del reinado de Carlos IV. Su contemporáneo Charles Greville consideró en sus propios Diarios a Lady Holland como “una luz de la sociedad que iluminó y adornó Inglaterra e incluso Europa durante medio siglo”.

Mucho menos conocido de los españoles son la persona y la obra de Marian Evans, conocida por el seudónimo “George Eliot” y famosa ya entre los lectores angloparlantes cuando llegó a España por *The Mill on the Floss* (1860) y otras novelas. Mujer inteligente y librepensadora, era autodidacta, había llegado a adquirir impresionantes conocimientos en varios campos y tuvo “una facilidad casi innata para representar las ideas y los prejuicios de sus personajes sin juzgarlos ni desvelar sus propias opiniones” (173). También tenía ya reputación europea George Henry Lewes, su compañero sentimental durante más de veinte años. Este era un estudioso polifacético especialista en ciencias naturales y en fisiología, y autor de *The Spanish Drama: Lope de Vega and Calderon* (London 1846) y *The Life and Works of Goethe*. Ambos llegaron a España en busca de un clima benigno para la precaria salud de Lewes, y para

conocer más a fondo el ambiente, el contexto físico de las tierras del sur de España para *The Spanish Gipsy*, un poema dramático cuya composición afectó mucho a Eliot, quien acabó transformándolo en un drama en verso libre.

60 años después del viaje en mulas y en carruajes de los Holland, emprendieron el suyo George Eliot y Lewes por ferrocarril y barco de vapor. Su estancia duró de enero a marzo de 1867; estuvieron un mes en Biarritz, visitaron San Sebastián, Zaragoza, y Barcelona, y fueron desde allí por mar a Alicante, Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla. Estuvieron poco tiempo en Madrid, dedicados principalmente a visitar el museo del Prado y desde allí regresaron a su país.

Sus impresiones de viaje provienen de cartas, y del diario escrito por Lewes; desgraciadamente continua perdido el de George Eliot, que sin duda sería una valiosa fuente de información. El diario de Lewes no es un libro de viaje sino unas páginas de apuntes que no revelan intención alguna de publicarse, y que abundan en referencias personales a las dolencias, el cansancio, los mosquitos, si les sentó bien la comida, la hora a que se acostaron, y los dolores de cabeza.

Para aprender español, alternaban la lectura del *Quijote*, de *Gil Blas* y de *La Gaviota* de Fernán Caballero con la de un libro de conversación y la de una gramática española; conocían bien el *Handbook* de Richard Ford, y siguieron sus consejos sobre alojamientos y lugares que visitar. Es bastante obvio que los Lewis se hacían ilusiones acerca de su competencia en la lengua española, no parece verosímil que dominaran el español lo bastante como para leer aquellos libros (para sus estudios sobre Lope de Vega, Lewes se sirvió de traducciones inglesas). Como opina el profesor Clarke, para George Eliot “el deseo de aprender el español tenía más que ver con la lengua escrita que con la hablada; buena parte de sus conocimientos en cuanto a España y los españoles [...] procedía de sus lecturas [...] tenemos que aceptar que ella creía que era posible captar algo de la esencia de España mediante unas lecturas históricas, un aprendizaje mínimo de la lengua y una visita de cinco semanas escasas al país” (189). De hecho, la España real que tienen ante los ojos evoca y confirma la España libresca que conocían: a menudo ven por todas partes tipos “como los pintados por Murillo”; un perro era “un animal como los de Velázquez” (22.II. 1867); y unos vecinos del Albaicín con los que estuvieron una tarde “nos hicieron pensar que estábamos viviendo un capítulo de una de las novelas de Fernán Caballero” (19.II. 1867). A juzgar por el diario y las cartas fue un viaje turístico en el que visitaron poco más que las ciudades y los monumentos recomendados por Ford. Ni rehuyeron el trato con otros turistas extranjeros ni parece que trataran con más españoles que los relacionados con su estancia en hoteles y sus viajes, aparte de los guías, los gitanos y otros tipos folklóricos. De hecho, les emociona su encuentro con la “España de pandereta”; en su visita a un mercado en Zaragoza observan “un cuadro emocionante: icuras, gitanos, campesinos con colgaduras [?], burros, naranjas, repollos y niños! Gamines con capa y cigarrito.” (30. I. 1867), y Lewes describe con gran entusiasmo una juerga gitana a la que asistió con otros turistas en Granada:

Después de la cena nos juntamos a varios de los huéspedes para disfrutar de un grupo de gitanos: el capitán, tres o cuatro hombres, seis muchachas vestidas al uso y algunas jóvenes y niños como comparsas. Bailaron fandangos y bailes gitanos acompañándose de castañuelas, panderetas y aullidos primitivos que pretendían ser cantos. La interpretación tenía una furia salvaje que a pesar del ruido era interesante; y dos de las jóvenes eran bonitas, pero todo era primitivo e

inmoral. El mejor regalo de la tarde fue el capitán, casi negro, de torso magnífico y bella cara: una pantera convertida en hombre era la primera impresión, la segunda un león, la tercera ¡qué espléndido Otelo! Guapo a la perfección, de bonita nariz de ventanas abiertas y sensibles, magnífica frente y una hostilidad espantosa en la mirada. Lo contemplamos tanto como lo hubiéramos hecho con una bella estatua griega (21.II.1867).

Carecen de interés por la vida social y política de España y, como advierte Clarke, Eliot parece estar “aparentemente inconsciente de la situación explosiva que se estaba formando, incluso cuando pasaron por Madrid” (9) pocos meses antes de la Revolución del 68. Les entusiasma el paisaje andaluz “campos de olivos y bosques de pinos, montañas nevadas, viñas, huertos de cerezos y ciruelos en flor, naranjos y limoneros, olivos en los setos, bajo un cielo resplandeciente” (1.II.1867), son grandes amantes de la pintura y la autora de *Middlemarch* confía a su amiga Madame E. Bodichon, desde Londres que los cuadros del Museo del Prado y la catedral de Sevilla “son suficientes para justificar la civilización de occidente” (18.III.1867).

Después de esta visita a España, superficial, turística y breve, George Eliot y George Lewes fueron grandes amantes de España y de los españoles, con excepción de los andaluces, “gente mucho más descortés que la del este y la del norte” (26.II.1867), hallan “Los modales de los españoles son encantadores, sencillos, dignos, amistosos, refinados. Hasta los mendigos, bastante numerosos a decir verdad, son distintos de los mendigos de todas las otras naciones por lo raro de no ser importunos. Si los desdeñosos ingleses pueden decir que la mayor parte de los nobles españoles son mendigos, yo les contestaría que los mendigos españoles son nobles” (17.II.1867).

Hay que agradecer a los Profesores Anthony H. Clarke y Trevor J. Dadson y a la traductora María de los Angeles Gimeno Santacruz el hacer accesibles ahora estos relatos de viajes por una España ya lejana, que llegan a nosotros en una edición tan cuidada como las que acostumbra hacer la Institución Fernando el Católico.

En la traducción castellana se advierten algunas frases cuya construcción sintáctica sigue a la inglesa, el adjetivo “encantador” y sus variantes se repite con demasiada frecuencia a lo largo del texto, y, en ocasiones, la traducción es inapropiada: “el tiempo continuó teniendo su carácter trascendente”(229); “campesinos con colgaduras” (209). Los textos están ilustrados con dos bellas retratos en color de Lord y de Lady Holland y otros dos de George Eliot y de George Heny Lewes, y van acompañados de un excelente aparato de notas, una Bibliografía y un Índice Onomástico.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
THE OHIO STATE UNIVERSITY

Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués. *De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca*. Santander. Biblioteca de Menéndez Pelayo (1906-1912). 11 vols. *Enrique Menéndez Pelayo. Epistolario*. Santander. Publicaciones de la Biblioteca Menéndez Pelayo, 4. 2012. 499 páginas.

La aparición del *Epistolario* de Enrique Menéndez Pelayo (2012) y, en el mismo año, la de la *Bibliografía de y sobre Enrique Menéndez Pelayo*, que hace el volumen 10 de la serie *De re bibliographica. Menéndez Pelayo y su biblioteca*, me decidieron a reseñar además del presente *Epistolario* esta serie iniciada y dirigida por Rosa Fernández